

**ALACENA**  
B O L S I L L O 

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

*Héctor Manjarrez*

---

El otro amor  
de su vida



*Alicia Mejía, Agar, Leonardo Da Jandra,  
Paloma Villegas, Coral Bracho,  
Marcelo Uribe.*

*Y un saludo a Claudia y Froy Manjarrez  
y Felipe Padín y Fiona Alexander  
y Mari Uribe y Simón Brailowsky  
donde se encuentren.*

El príncipe de Charolais, habiendo sorprendido a Monsieur de Brissac en casa de su amante, le dijo: “¡Salid!” M. de Brissac le respondió: “Monseñor, vuestros antepasados hubieran dicho: Salgamos”.

Chamfort, *Caracteres y anécdotas*

La vida, ese gran animal medio estúpido, sale de su modorra con un pequeño escalofrío, y el atardecer cae sobre la ciudad, sin jirones negros de nube, sin un cielo intensamente rojo, sin indicación alguna de que no sea una jornada como cualquier otra.

Salvador Malibrán abre los ojos y se dirige al baño, donde se aseará con mucho escrúpulo.

No lejos de allí, Conchita Retama, desasosegada, despierta de una siesta de hora y media que le parece que fue ominosa.

Podríamos narrar lo que uno y otro hicieron hasta que se encontraron en una fiesta sumamente concurrida, a las 10:45 de la noche, pero sería perder el tiempo del escritor, para no hablar del tiempo del lector.

En cambio, ¿cómo describir su encuentro? Ante todo, como inesperado. Hace un año y medio que no se ven. Se gustaban el uno al otro, pero nunca sucedió nada entre ellos; ni siquiera un beso. (Es cierto que han vuelto a ser muy comprometedores los besos.)

Azorados y encantados, se dicen ¿cómo estás?, ¿cómo has estado?, ¡qué gusto tan grande de verte!, ¿qué haces?, ¿en qué andas?, ¡qué bien te ves!, y se toman las manos.

Se sirven un trago, salen al jardín —donde sólo hay ocho hombres y dos mujeres que discuten de política con la pasión con que se discute la injusticia de Dios— y se sientan en el pasto, frente a frente.

Ni Concha ni Salvador son el sueño húmedo del otro, pero hay veces, como ahora, que se atraen con verdadera violencia.

Sin embargo, no se besan. Se cuentan el uno al otro lo que han hecho últimamente, y cómo, y por qué, en detalle. Se hacen el amor con anécdotas, con confidencias.

Intiman tanto, que explican acontecimientos que hasta hace un minuto no entendían.

Luego de casi una hora de conversación, sienten un poco de frío y regresan a la casa, donde ya unas quince personas bailan con gestos y exclamaciones de entusiasmo.

En el buffet hay mucha comida, en el bar mucho trago, y la gente está alegre.

Salvador y Concha se internan en la pequeña multitud excitada.

—¿Nos vemos al rato? —pregunta ella.

—Nos vemos al rato.

Y, por fin, se besan. Sólo labio contra labio; pero con la plenitud, el embarre de un ósculo poscoital.

Cada cual toma su camino, que lo lleva al reencuentro con el clan.

Han sentido esto antes, este miedo con exaltación.

Mientras cada cual goza de la gran dicha de la amistad, de tarde en tarde logran atisbarse entre la gente, que parece ser cada vez más numerosa y bullanguera.

Como cualquier lector puede adivinar los sentimientos de Concha y Salvador, no haré el ridículo de intentar describirlos.

Digamos, mejor, que transcurre una hora, es más de la una, el bullicio es mucho, los ebrios numerosos, los amantes muy públicos, y Salvador se levanta en busca de su amiga. No la encuentra en un primer y largo rondín y se estaciona en la mesa que hace las veces de bar, donde toma un vodka y escudriña a bailantes, parlantes y deambulantes.

De pronto le parece verla en un grupo que apresta su partida, y se les aproxima; pero no, no es ella. Luego le parece escuchar sus hermosas y características carcajadas; pero no, tampoco es ella.

La alegría ajena comienza a atosigar a Salvador, que además empieza a sentirse estúpido, aunque no sepa exactamente por qué.

Lo que prometía ser una noche de risas y embriaguez con una mujer, amenaza con ser de amigos y bromas y borrachera.

—¿Te dieron esquinazo? —pregunta un amigo impertinente, y Salvador sólo levanta la mirada al cielo, como los turcos.

¿Qué siente y qué hace Conchita?, se preguntarán ustedes. Este narrador lo sabe; mas no lo dirá.

Salvador, como todos los que buscan con prisa, se enoja consigo mismo y con los que le estorban, y por momentos raya en la agresión.

Y luego se tranquiliza; aunque valdría más decir que se desalienta, primero, y medio se conforma, después.

Y lo que le espera, se lo encuentra. Sí, es Conchita, quien se despide con gran alegría, del brazo de un hombre alto y flaco que mira en ese momento hacia otro lado.

Salvador se detiene en seco, pasmado, aunque no del todo sorprendido, y mira a los ojos a Concha, que de pronto también lo afoca.

En los ojos de ella, hay terror. ¿Es porque se le olvidó por completo Salvador? ¿O porque la muy hipócrita estaba segura de no ser vista al irse? ¿O acaso *ese* hombre es *su* pareja y estaban peleados hasta hace algunos *minutos*? ¿O, simplemente, se resultaron irresistiblemente atractivos y se arrebataron, se embelesaron? ¿O Salvador hubiera tenido que salvarla?

¿O qué?

El hombre alto se despide con una gran sonrisa (se nota que no pertenece a ninguno de los clanes del sarao, pero que no se siente ajeno) y se encamina a la salida, soltando a Concha, todavía ocupada en la prolongada ceremonia de los adioses.

Concha no le dirige la palabra a Salvador, pero —con un rápido movimiento rotatorio de los índices— le asegura que volverá.

La humillación y el desencanto se mitigan, la excitación crece: ella volverá, y mientras él la espera, la leña alimentará y alimentará el fuego.

A las 3:16, los amigos preguntan a Salvador:

—¿Seguro que puedes manejar hasta tu casa?

—Ey.

—¿Ey?

—Ey.

Y sí, maneja quince kilómetros sin tropiezos, propios o ajenos, oyendo rancheras estrepitosas en la radio, de ésas que levantan hasta a un finlandés (pero o angustian o apendejan a un mexicano), hasta que llega al antepenúltimo semáforo, que está en rojo, y Salvador se queda dormido, con ese sucumbir repentino que hace tan humanos a los humanos.

Como casi tres minutos después, cuando despierta, Salvador adivina que el universo apenas si ha parpadeado, sonrío metiendo el clutch y la primera, alerta, y súbitamente recuerda, como en un relámpago, que Concha vive a escasas seis cuadras. Con la gran capacidad de decisión de ciertos ebrios, vira, en cuanto le ponen la luz verde, a la derecha.

De pronto, el cuadro es casi perfectamente claro: Conchita se encuentra en casa, porque su Volkswagen está allí; y Conchita no se halla en muy buenas condiciones, porque su auto, el único en esa calle solitaria, está pésimamente estacionado.

Por lo tanto, él toca el timbre. Pero por más que lo toca, el timbre no suena. En el silencio de la noche tlalpeña, sólo se oye el resuello de Salvador y los maullidos de un gatito extrañado.

Sin cavilación previa, Salvador decide saltarse la barda de dos metros y medio.

Hay mínimos apoyos en la piedra, y trepa con rapidez (pese a su nula experiencia) y se sienta. A su derecha, la calle y los dos coches. A su izquierda, el jardincito de Concha y la puerta de vidrio de su casita, iluminada por la tenue luz de una mesa de noche.

—¡Concha! ¡Conchita!

Nadie contesta a sus gritos en voz baja.

—¡Coonchitaaa!

Y en ese momento aparece un elemento siniestro: una

patrulla con dos policías adentro, rodando a bajísima velocidad, silenciosos como animales de presa, y Salvador se paraliza en la barda, tan rápido como un ratón que atisba a la lechuza. Y, cómo no –el lugar común como terror–, los azules se detienen ante el coche mal estacionado y lo miran y miran desde sus asientos como esperando a ver si se mueve, en cuyo caso hay alguien adentro.

–Sargento, ese coche está faltando al reglamento.

–Sí, Méndez, pero debe de ser de un pobretón, mira nomás qué carcacha.

–Sargento, ¿si tocamos el timbre de la casa, decimos que es por el coche y semblanteamos a la gente?

–¿A estas horas, Méndez?

–No, eso sí... Pero es un coche de mujer. Los coches de mujer huelen a coche de mujer.

–¿Y los de hombre?

–¡Deveras, sargento!

–Oh, bueno, pséchale un ojo –dice el sargento, que hace un buen rato que no le permite ni media iniciativa a su subalterno.

Todo esto, desde luego, no lo escucha Salvador, que se ha acurrucado, y no respira, contra la rama de un árbol que crece pegado a la barda.

Luego, la puerta de la patrulla se abre y sale un hombre pequeño y pausado que apunta su linterna primero hacia el interior del coche y después, caminando, hacia las placas. Con aire profesional, regresa a la patrulla y se mete en ella.

–¿Satisfecho, Méndez? –le pregunta el sargento.

–Lo único es que me preocupa, sargento, que si no reportamos este coche como peligro a la vialidad, otra patrulla lo haga y nos echen la viga a nosotros –cantinfleó el agente.

–Pues repórtelo, si quiere.

–Es que se me hace que puede tener residuos de marihuana, sargento.

–Vámonos, no vale la pena. ¡Deben de ser unos pobres pen-dejos!

Y los dos de repente se carcajean y carcajean.

El sargento arranca, pero se detiene a tres metros:

–Voy a echar una meada. Casi se me sale con la risa.

Y el sargento arrima la patrulla y apaga el motor y abre la puerta y sale y se va a un árbol y se abre la bragueta y se saca el chunche y mira hacia la barda, pues oye, o cree oír, las patas de varios perros que corren sobre empedrado. Cuando termina de orinar, cuando se le quita la prisa, todavía se queda mirando justamente allí donde Salvador se ha camuflajeado, y por no dejar, por no irse sin dejar otro de sus humores, escupe hacia allá, hacia arriba.

–Qué pinche vida tan puta, Méndez –comenta al volver al volante.

–Sí, sargento.

–¡No nomás diga “sí”, Méndez, diga por qué!

–Pues porque sí, sargento, porque así es.

–Oh que la chingada, Méndez. ¡Entienda algo, carajo!

Méndez, ¿sabiamente?, no contesta.

La patrulla se va.

La criatura llamada Salvador Malibrán vuelve a moverse, escupe, no le sale, recoge su baba, gatea por la barda, que es ancha, en dirección a la puerta de Conchita.

Y le gruñen tres perros doberman que desde hace instantes están atisbándolo, pasmados por su inmovilidad.

–¡Schhhh! Cállense –les dice Salvador–. Vengo a ver a Conchita; a Conchita... A su ama, a Concha, que vive en esa puerta y es de mediana estatura. Conchita.

Los perros guardan silencio.

–Vayan a buscar a Conchita, perritos, ¡vayan! Anden, perritos lindos, dobermenshencitos, anden, vayan-por-Conchita, por-Conchita... Ándenle, vayan por Conchita, por ¡Concha!

Pero los perros no entienden lo que Salvador quiere que hagan, y sólo lo miran, y no le gruñen, ni tampoco le destrozan el talón de Aquiles, que queda a su alcance, de un salto.

Hasta que él decide bajar, y regresa al árbol y descende por él, sorprendiéndose a sí mismo y sorprendiéndolos aún más a ellos (casí como si fuera cosa de niños).

–Tú eres el jefe, ¿no? –dice Salvador al mayor de los tres–, pues acompáñame a casa de la buena y linda Conchita, que tú y yo queremos tanto.

Salvador se dice: “Si sus perros me quieren, ¡cómo no me querrá ella! Vamos, vamos”.

Obediente, el can terrible se echa a andar manseando hacia la puerta de vidrio, a cuyo lado se sienta, cual buen cerbero, para dejar pasar a Salvador, que si pudiera pensar, tal vez pensaría que ésta es una verdadera aventura de Tom Sawyer y que Conchita es Becky, pero tropieza con un mueble aparentemente mullido, y voltea a mirar con pánico a los perros.

–Conchita, Concha, ¿cómo estás? –se apresura a decir.

En ese momento, un hombre alto salta de la recámara a la estancia, trae un cuchillo de cocina en la mano, grita:

–¿Quién chingados está allí?

Salvador, aterrado, como Sawyer, no contesta.

Los perros empiezan a gruñir con ferocidad y a pegar los hocicos en el cristal, tratando de ver hacia adentro.

–¡¿Cuántos son, cabrones?! –grita el hombre del cuchillo, pero no le contesta nadie, excepto el gruñir de los perros, cada vez más excitados.

–Si traen pistola, no tiren –dice el hombre.

Salvador quiere hablar, pero no sabe cómo.

–¡¿Qué hay, cabrones?! –

–Soy uno solo –susurra Salvador.

–¿Uno solo?

–Sí, uno.

–¿Traes pistola?

–No. Nada. No traigo nada.

–Entonces, ¡¿qué estás haciendo aquí?! , ¿qué te traes?

–Vengo por Conchita.

–¡¿Vienes por Conchita?! –

–Quiero decir a causa de ella. Vive aquí, ¿no?

–¿Aquí Conchita? ¿De qué Conchita hablas? ¿Dónde la conociste?

–Enciende la luz y te explico.

–¿Qué me explicas?

La luz se enciende, y amaina de inmediato, pero no se aplaca, el clamor feroz de los perros; mientras, los dos hombres tratan de afocar la mirada.

En ese momento, Concha pega un grito:

–¿Qué haces tú aquí?

–¿Yo?, vine a buscarte.

–¿A buscarme?

–Sí. ¿Estás bien?

–Claro que estoy bien, de no ser porque no sé cómo te metiste a mi casa.

–¡Entonces sí vives aquí!

–Claro que vivo aquí, ¡es mi casa!

–Concha, ¿conoces a este tipo? –dice el del cuchillo.

–Claro que lo conozco.

–¿Y qué hace aquí?

–Es lo que le estoy preguntando a este pendejo. ¿A qué venías, cabrón?, ¿a violarme?

–¡Cómo crees, Concha!

–¿Cómo entraste?

–Me salté la barda.

–Envenenaste a los perros de la vecina...

–No. Tranquila, tranquila. Todo se puede explicar, si me lo permiten.

El hombre alto hace seña de que se sienten y, clavando el cuchillo en la mesa (Salvador no distingue si con rabia o con alivio), dice:

–Menos mal que no te clavé el cuchillo... Nunca había sentido tan claramente que soy capaz de clavarle a alguien una punta.

Salvador asiente, reponiéndose muy, muy lentamente.

–¿Un trago?

–Sí, te lo agradezco.

–Así que te bajaste entre los dobermans como si nada –pregunta Concha.

–Sí, así resultó.

–Te creo –dice el hombre, pasando los brandys.

—¿Le crees? ¿Y por qué? —sospecha ella.

El hombre se sonríe. Enseguida, recordando a los perros, se dirige a la puerta a calmarlos:

—Quédense allí, quietecitos.

—Vine porque estaba preocupado por ti —explica Salvador.

—¿Preocupado por mí?

—Sí, cuando ya no te vi en la fiesta y te había estado viendo beber, me preocupé. Como vivo a diez cuadras, me detuve, y vi tu coche muy mal estacionado. Eso es todo.

—Muy comprensible —dice el hombre.

—¡Pues a mí no me parece comprensible! —exclama ella—. Te *metiste a mi casa*.

—El timbre no funciona, Concha.

—¿Y eso qué, cabrón? Porque un timbre no funciona ¿te metes en la casa de alguien?

—No, claro que no —admite Salvador—. Y no sabes lo mal, lo pésimo, lo mierda y lo pendejo que me siento; pero entiendo que eso es lo que menos te importa.

Pasan cuatro segundos.

—¿No te haces un café, Flaco? —pregunta Concha, que en ese momento recuerda que también a Salvador lo llaman El Flaco, y se turba completamente.

—¿Eu? —pregunta él, distraído.

—¿Haces un cafecito, José Juan? —bastante enturbiada.

—Nos hacemos un cafecito —dice el otro, ya perfectamente tranquilo, al parecer.

Salvador mira a los ojos a Concha, que de pronto, súbitamente, recuerda lo que olvidó, es decir, todo lo que sucedió en la fiesta antes de la llegada de José Juan, y mira con ojos de absoluta vergüenza a Salvador, que le rehuye por pudor la mirada, no sin antes ver cómo ella, acordándose, hace con los dedos índices el signo de *Je reviens*.

—Voy al baño —dice José Juan, que es un hombre extraño.

Concha se inclina hacia Salvador y le susurra:

—¡Qué estúpida soy!... ¿Por qué no puedo decir la verdad? Perdóname, fue una total chingadera.

—Llegó José Juan y se te olvidó, no es más que eso. No te preocupes —dice él.

—No, Salvador, no es “no es más que eso”. Es un pinche problema mío, de no poder decir la verdad.

—Pero no mientes. A mí nunca me has mentido.

—No, sí miento. Y *me* miento. Engaño y me engaño.

—Todos lo hacemos, Concha —intercede el intruso—. Estás bebida y estás asustada, es todo.

José Juan aparece, vestido, con chamarra, y Salvador se yergue y anuncia:

—Nos vemos otro día. Por favor, perdónenme los dos.

—Nos vemos, Salvador, yo te hablo —dice Concha.

Salvador le besa la mano y sale con el otro hombre al jardincito, donde empieza a cundir un poco de madrugada.

—¿No tienes un cigarro?

—No, se me acabaron hace horas.

—Lo que no entiendo es cómo los animales éstos no te hicieron pedazos.

—Yo tampoco. Aunque sí: me llevo bien con los perros.

—Es que los bichos éstos no son perros ni lobos, son asesinos.

Al llegar a la puerta, José Juan dice:

—Tu actuación fue *extraordinaria*. Entendí *perfectamente*. ¡Gracias! Voy adonde tú sabes.

Salvador, que no entiende nada, sólo medio sonrío y expresa, mientras abre la puerta:

—Bueno, me despides de ella cuando regreses.

—No, quédate, quédate.

—¿Yo?

—Sí, hermano. Por favor, cuídala hasta que yo regrese. Voy a cerrar con doble llave —explica José Juan mientras sale y cierra la puerta y corre los cerrojos.

Segundos después, se oye que arranca el vetusto auto de Concha.

Salvador, rodeado por los perros, que vuelven a escoltarlo, llega por segunda vez en la noche a la puerta de vidrio de Conchita. No está dispuesto a volver a saltarse la barda.

Entra. Se sienta en el sofá, consciente de que ella cree que él es José Juan.

Ella hace el café, de espaldas a él, y no dice palabra.

Espera a que José Juan hable, la interrogue, la cale.

Antes de que ella se traicione, Salvador le dice:

–José Juan se fue.

–¿José Juan se fue?! –grita–, ¿a dónde?

–Yo qué voy a saber.

–¿Y tú por qué no te fuiste?

–Porque quería sentarme y tomar un café.

–Conmigo.

–De ser posible.

–José Juan hace cosas rarísimas...

–Yo, pocas veces... ¿Lo amas? ¿Estás enamorada?

–Creo que mucho.

–Y sin embargo me flirteas de una manera tremenda, casi absoluta! –exclama Salvador inesperadamente.

–No te enojés.

–No, si no me he enojado. Nada más quiero entenderte.

Concha se ríe, aunque sin burlarse, y luego replica:

–¿Entenderme?... ¡Entiéndete tú mismo! Empieza por ahí.

¿Qué estás haciendo aquí?

–Y por segunda vez –cavila él–. Estoy atónito.

Y guarda silencio.

–Perdóname, *fue* mi culpa –exclama ella, también de repente–, *fue* mi culpa.

–Pero si yo no tengo nada que perdonarte... Además, tu hombre no mató a nadie ni maldijo a nadie.

–Me pregunto por qué, por cierto. ¿Por qué me deja en tus manos?

Salvador sólo levanta las cejas.

–Oye, ¡tú sabes algo y no quieres decírmelo! –exclama ella, al mismo tiempo que se oye un fuerte borboteo de café.

–El café...

–Ya se pasó, ojalá que no mucho –dice Concha, se levanta y sirve–. ¿Un poquito más de brandy?

–Sí, por favor –y se pone en pie y mira hacia afuera, donde hay un atisbo tlalpeño de neblina–. No, no sé nada de nada.

Saliendo de la recámara con un plato, un fruto y un segundo cuchillo, Concha dice:

–Hay sandía, si quieres.

Salvador mira con alarma el cuchillo.

–Es lo que estábamos comiendo un poco antes de que llegaras –explicita Concha.

Salvador se sienta, encuentra y enciende una colilla especialmente larga, y dice:

–Cuando lo vi salir con el cuchillo, pensé que te estaba violando, o que te había matado. Y no estoy siendo melodramático.

–No, lo sé. Y yo supongo que él creyó que era una pandilla... Yo también tuve pánico.

–Tuve terror de lo que tal vez había pasado –explica Salvador.

–Ya veo... Y yo pensaba: “¡Mátalo, mátalo!” cuando José Juan salió a buscarte. Bueno... Ya pasó –expresa ella, casi tajantemente.

–Si quieres, vete a dormir –dice él.

–Sí, ya no puedo más.

–No te molesta que me quede.

–No, para nada. Tómate tu café. Duérmete en el sofá. Te traigo una colcha.

Luego de no saben cuánto tiempo –yo sí: hora y veinticuatro–, Concha y Salvador se despiertan de pronto, simultáneamente, gimiendo, cara a cara, agarrados por la cintura y el cuello, con las bocas y los genitales chapoteando y chapoteando, mientras ambos rebotan por toda la casa, sin que les importen los golpes que se dan con algunas piezas de mobiliario.

¿Quién empezó?

¿Cómo empezó?

Ninguno de los dos recuerda, mientras se dicen (*mostly not verbally*, como decía la canción) ¡Sí!, ¡Así!, ¡Más!, con esa cursilería que rasguña y muerde y entra fuerte y que no puede describirse, como no pueden describirse las noches, las estrellas, las conversaciones, las complicidades, los tragos, las epifanías, las bardas, los sustos, los senos, las vergas, los ojos, las nalgas, el mal aliento, los eructos, los pedos, los claxons, la primera mirada a los ojos y tantas otras cosas.

Debo decir algo, por cierto.

Es esto: desde hace ya algunos años, casi todas las novelas y muchas películas hablan, y mucho, del *Fellatio* y el *Cunnilingus* y otros actos que antes eran muy *risqués* y *outrés* y ahora casi parecen bucólicos como D. H. Lawrence.

Yo, por mi parte, no caeré en hacer una descripción de cómo un animal con un pene y tres bocas y dos lenguas se avoraza, se penetra, se traga a sí mismo, se chupa, se lame, se escupe, se mordisquea, se mama, se empapa, se atosiga, se...

Concha y Salvador jadearon un buen rato, como Dios manda, y luego se quedaron no dormidos, pero sí callados.

Ella suspira con gusto, aunque no sin angustia. Él le da un beso en los labios y dice:

–Tengo que decirte algo.

–Sí, alguno de los dos tenía que decir que tenía que decir algo.

–Déjame decirlo a mí primero.

–Está bien –dice ella.

–José Juan me pidió que me quedara a cuidarte...

–¿Qué?! –grita.

–... y cerró la puerta a doble llave y se llevó tu coche.

–Y también se llevó mis llaves –exclama ella mirando una repisa–, el muy cabrón!

–¿Puedes explicarme todo esto? –pregunta Salvador, luego de unos instantes.

–No –responde ella, y se incorpora contra el respaldo del sillón–. No sé nada y no entiendo nada.

Guardan silencio.

–Es más, yo sé menos que tú... Dime lo que no me has contado. ¿Qué te dijo?

Salvador no responde.

–¿Qué te dijo? Mira, ya pasó lo simpático, ya se escabulló él, ya cogimos nosotros. Ahora hay que tratar de entender qué es lo que sigue –dice Concha–. Y para eso hay que entender lo que pasó. ¿Exactamente qué te dijo José Juan?

–Dijo algo que no entendí, ni entiendo.

–¿Qué dijo, qué dijo?

–No me acuerdo de las palabras exactas, pero recuerdo bien lo que significaban... Dijo que mi actuación era muy buena. Y que él había entendido el significado de esa actuación. Y que muchas gracias y que se iba adonde “yo sabía”. Y me pidió que te cuidara, por favor.

–¡Que me cuidaras! ¿De quién chingados? ¿Qué quiere decir eso?

–No sé.

–Te repito que no entiendo nada de nada.

–Yo menos, yo qué quieres que entienda.

–¿No dijo nombres? –pregunta Concha.

–No.

–¿No te confió nada, de hombre a hombre?

–¿Algo como “tú la mereces más que yo” o “seguro prefiere contigo”, quieres decir? –pregunta Salvador–, ¿una de esas frases?

–¡No sé como qué! –estalla ella, y de inmediato medio se arrepiente y agrega–: ¿Qué pinche comedia es ésta?

–Por lo menos, tragedia aún no es –reflexiona él.

Conchita, de pronto, se ríe. Luego pregunta:

–Oye, ¿no te habrá confundido con alguien?

–Ésa es la única explicación más o menos racional que puedo imaginarme.

–Pero ¿con quién puede haberte confundido?

–Concha, si *tú* no lo sabes... –subraya él, y ambos guardan un largo silencio, mientras ella revisa sus recuerdos y temores

y él se pregunta a sí mismo qué es lo que siente y qué lo que quiere.

Luego del silencio, Concha manifiesta:

–Empiezo a tener miedo.

–¿Miedo de qué?

–Miedo de él.

–¿De él, o por él?

–Ahorita, de él.

–¿Va a acabar poniéndose muy violento?

–No sé. No sé si enloquezca de repente.

Salvador la mira atentamente a los ojos:

–¿No es tu pareja?

–Sí, sí lo es. Pero no hace mucho. Y a veces es muy raro.

Salvador trata de aligerar el aire:

–¿Más raro que tú?

Ella escucha, calla y se lo pregunta; pero no está de humor para hablar con humor:

–Ah, ¡no me salgas ahora con que yo soy rara! ¿Qué demonios tengo de rara? Y si soy tan rara, ¿para qué viniste y te saltaste la barda?

Salvador se pone en pie y recoge las ropas desperdigadas de ambos.

–Perdona si te hablo así. Estoy asustada.

–Quiero saber qué es lo que temes. Piénsalo y dímelo. Ten, vístete.

–No sé. Te juro que no sé qué es lo que temo. No sé por qué José Juan se fue, ni a dónde se fue, ni cuándo volverá, ni cómo volverá, ni por qué volverá, ni si volverá. ¡Ni si quiero que vuelva! No sé qué temer... Así de cabrón y así de sencillo. ¿Qué quieres que te diga? Estoy un poco histérica, ¡y ya!

Salvador se marcha al baño, mea, se lava la cara, el sexo y las manos, se humedece el pelo, se enjuaga la boca con pasta de dientes, se mira sin expresión, se desespera de no tener un cigarrillo, regresa y dice, aunque no sabía que iba a decir nada:

–Bueno, vamos por partes, ¿te parece?

–Sí, si quieres.

–No es si yo quiero, sino si tú quieres.

–Está bien, vamos por partes, aunque no creo que lleguemos a ningún lado, Salvador... Perdóname, ya sé que me tratas de ayudar. No es que esté siendo grosera, es que no entiendo *nada*. Digo, aparte de que te coqueteé y por eso te saltaste mi barda.

–Bueno, vamos por partes; pero no por todas y cada una –sugiere Salvador–. Empecemos por esto: tú no entiendes nada. Yo no entiendo nada. Y te pregunto: ¿José Juan no entiende nada tampoco?

Concha tarda unos segundos en contestar:

–Creo que entendería bastante menos que tú y yo, y que luego malentendió... Quizá.

–Pero si malentendió mi llegada, eso significa –dice Salvador– que hay algo que tú no puedes entender, porque no sabías que José Juan tuviera en su vida un lugar al que a veces tuviera que ir, a la hora y en las circunstancias que fuera.

Concha asiente, y dice:

–Mira, simplificando, creo que la cuestión es ésta: o José Juan tiene un secreto, o te usó a ti como pretexto para irse esta noche.

–Exactamente. Ahora, ¿es malo para ti, es imperdonable, es doloroso, es vejatorio que José Juan tenga establecido un lado secreto? O bien, ¿lo es que me haya usado a mí como pretexto venido del cielo para desaparecerse un rato?

Conchita va a buscar unos pantalones a la recámara y regresa sin ponérselos y sin haber pensado en asearse:

–Te entiendo perfectamente lo que quieres decir. ¿No quieres un toque? Tengo un chirris de hashish.

–En este momento, no.

–No, ¡imagínate...! –dice Concha y se acerca a la ventana y mira hacia afuera, donde dos de los tres perros mantienen vigilancia, y huele el poso de una taza de café–. Salvador, de todas las culpas que puedan derivar de lo que sucede esta noche, me quiero librar –y me puedo librar– de una sola.

–¿Cuál?

Concha le pellizca la mano y le dice:

–Yo no cogí contigo esta noche. ¿Me oyes? Tú no cogiste conmigo. Nosotros dos no cogimos. Es más, ni siquiera hemos dormido. Estamos aquí sentados, despiertos, platicando de todo, en el aliviane, encantados de la vida.

–Simple y sencillamente, no hemos cogido.

–No.

–¿Qué tal eres tú para fingir? –pregunta él–, porque yo...

–No finjas; no finjas. Sólo date cuenta de que en el fondo, más que fornicando como dos loquitos, tú y yo hemos estado platicando como dos adultitos. Y eso es lo que el prófugo verá si llega en la próxima hora... ¡Lo cual, por otra parte, por ningún motivo deseo!

Por segunda o tercera vez en varios días, Salvador se siente extraordinariamente bien, por lo que después de hurgar en un basurero y encontrar nueve repulsivas, maravillosas colillas, se ríe:

–¡Me pides que a estas alturas de la vida empiece a mentir, Concepción! ¡Tú estás loca!

Ella lo mira, sin alterar su seriedad, y pregunta:

–¿Nunca has mentido, cabrón?

–Ni por las mejores causas, cabrona.

–Déjate de chistecitos por un momento. ¡Los hombres y su bendito sentido del humor! Contéstame.

–Claro que he mentido, pero no en el sentido en que me lo preguntas.

–... ¡¿No has mentido ni para salvar la vida o el honor de alguien?!

–No, por eso sí mentiría, yo creo.

–Bueno, pues miente para que José Juan no te mate, ni me mate, ni se mate –dice Concha–, ni mate a nadie.

–Sí, lo juro. Pero no creo que tu husband regrese en las próximas horas. Y tampoco creo que vaya a matar a nadie. Se ve un tipo de lo más civilizado.

Ella guarda un poco de silencio y luego pregunta:

–Te sientes muy tranquilo.